

081. Rasgos de Josué

Josué es una figura muy interesante de la Biblia. Fue el caudillo que sucedió a Moisés e introdujo al pueblo en la tierra prometida, haciéndole pasar el Jordán en medio de grandes prodigios de Yavé, como el de la caída de las murallas de Jericó. El exterminio de los cinco reyezuelos que podían haber impedido el asentamiento de las tribus de Israel, resultó también una aventura sin igual. Los habitantes de Gabaón, aliados de Israel, lanzan un grito de alarma:

- *¡Josué! Corre, ven a salvarnos, que nos atacan cinco reyes y no podemos resistir contra tantos.*

Josué moviliza lo mejor de su ejército, y emprende la marcha. Cae de improviso sobre el ejército enemigo, lo derrota, huyen todos espavoridos, cae sobre ellos una pedregada aterradora, pero Josué no tiene bastante. Hay que acabar con todos, y el día que declina no le permite concluir con la faena. Entonces, en un arrebato sublime, se dirige al sol, y le ordena:

- *¡Sol, detente! ¡No sigas tu curso! ¡No te metas en el horizonte! Y tú, luna, esta noche te paras sobre el valle de Ayalón. Quietos, hasta que pueblo se haya vengado de todos los enemigos.*

¡Qué manera tan poética de hablar, de ensalzar el poder de Dios, que lucha a favor de su pueblo escogido y lo protege siempre. Sigue la Biblia con su lenguaje, poético a más no poder:

- *No ha habido un día como aquél, ni antes ni después, en el que el Señor haya obedecido la voz de un hombre.*

Este Josué, tan autorizado por Dios ante todo el pueblo, igual que lo fuera Moisés, tiene autoridad ahora para hablar a Israel antes de acabar sus días.

Josué ha repartido la tierra a las tribus de Israel y cada una de ellas tiene su porción. En adelante, a trabajar en paz, a vivir tranquilos, a comer los frutos de la tierra que mana leche y miel, de tan rica que es...

Pero, ¿cuánto va a durar esta felicidad? Josué lo advierte claro a todos los jefes de las tribus, que ha reunido en su presencia para darles la despedida. Los convocados confirman cuanto les va proponiendo el gran caudillo que se les va:

- *Yo soy ya muy viejo. Esforzaos por observar y practicar todo lo que está escrito en la ley de Moisés, sin apartarse de ello ni a derecha ni a izquierda.*

- *¡Sí! Observaremos todos los Mandamientos del Señor.*

- *No os mezcléis con estos pueblos que aún quedan en medio de vosotros, no invoquéis el nombre de sus dioses, no les deis culto ni os postréis ante sus altares.*

- *¡No! Nunca lo haremos. Nuestro Dios es únicamente el Señor.*

Nueva asamblea de Josué con todos los jefes en Siquén, a los que pone una vez más en la alternativa de escoger al dios que quieran: a Yavé el Dios verdadero, o a uno falso de los extranjeros:

- *Si os parece bien, escoged al dios que más queráis, al Señor o a los dioses extranjeros.*

- *¡Lejos e nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses! ¡Nuestro Dios es el Señor!*

El lugar escogido para esta última reunión no podía ser más significativo. A la vista de Siquén, como dos contrafuertes, se erguían las dos montañas de Garizín y Ebal. Moisés había ordenado que, cuando Israel hubiese pasado el Jordán y tomado posesión

de la tierra, se celebrase allí una concentración clamorosa. Seis de las tribus habían de subir al Garizín, representando las bendiciones, y las otras seis al Ebal, simbolizando las maldiciones. Los levitas, en medio de las dos montañas, habían de gritar clamorosamente a todo pulmón, y ser respondidos por todo el pueblo, como una ratificación: ¡Amén!! Así sea.

- ¡Maldito quien adore a otros dioses! - ¡Amén!

- ¡Maldito quien desprecie a su padre o a su madre! - ¡Amén!

- ¡Maldito..., maldito..., maldito...! - ¡Amén..., amén..., amén! (Deut. 27, 12-26)

Era la aceptación de toda la Ley de Dios por el pueblo. Ahora, Josué se iba a descansar en la paz de Dios, con ciento diez años de vida (Josué 10,6-14; 23-24)

Si queremos entender el mensaje de estas escenas —para que no queden sólo en recuerdos históricos bonitos y hasta pintorescos de la Biblia—, recurrimos una vez más a San Pablo, que nos da la clave para la interpretación de estos primeros libros de Antiguo Testamento, cuando nos dice: *“Todas estas cosas les sucedían, en figura, como ejemplo para nosotros, que hemos llegado a la plenitud de los tiempos”* (1Corintios 10,11). La verdad de Dios es perenne, y sus enseñanzas son para todo tiempo y lugar.

El mundo de hoy sabe fabricarse dioses a montones, no de piedra ni de madera, sino de materiales muy diferentes.

Son dioses para el hombre moderno esos ídolos ante los cuales la sociedad se inclina con grotesca reverencia.

El dinero, por cuya causa se cometen las injusticias más abominables contra los pueblos pobres.

El afán de placer, de comodidad, de disfrute sin freno ni medida, que llega a ser una obsesión de las masas.

El culto de la ciencia y de la técnica, cuando se ponen al servicio de intereses inconfesables, en vez de ser dirigidas exclusivamente al bien del hombre.

Todo eso, lleva al abandono de Dios. Y abandonado Dios, su Ley ya no cuenta en la conciencia de los hombres. Ni se recuerdan sus beneficios —referencia fundamental de la teología judía en la Biblia, ni se temen sus castigos. Dios no nos amenaza hoy. Pero nos hace ver las consecuencias que trae la transgresión de sus Mandamientos. ¡Lo pacífica que sería la posesión del mundo, si los pueblos fuésemos fieles a Dios!

A todos —pero especialmente a los cristianos, nuevo Israel de Dios—, se nos sigue preguntando: -¿A qué dios escogen? ¿A uno de esos engañosos, o al Señor, el Dios verdadero?...